

## BIBLIOGRAFIA

JOSE MARIA IRIBARREN. *Espoz y Mina el liberal*. Editorial Aguilar. Madrid, 1967.

En el momento que el *Bulletin du Musée Basque*, de Bayona, n.º 35 primer trimestre 1967 dedica un importante estudio de P. Hourmat a la invasión del país vasco-francés en 1813-1814 concretado sobre todo en Espoz y Mina, el temible guerrillero navarro durante la guerra napoleónica y al terror producido por sus incursiones en aquel territorio, aparece el segundo voluminoso tomo que José María Iribarren dedica al famoso personaje.

En contraposición al tomo *Espoz y Mina el guerrillero*, este que ahora acaba de aparecer se intitula *Espoz y Mina, el liberal*. Es tan importante o más que el anterior. Ahora, el escritor navarro se ve precisado a abordar mucho más importantes y complicados aspectos psicológicos.

La obra abraza la parte de la biografía del célebre guerrillero desde el terrible invierno de 1812, el principio del fin de la buena estrella de Napoleón Bonaparte, hasta el triste final de la vida del antiguo guerrillero, convertido ya en general que acaba él mismo por destrozar su propio prestigio con inimaginables actos de crueldad y salvajismo. La verdad es que, como siempre ocurre, otros compañeros suyos de profesión, a uno y otro lado de la barrera que siempre dividió a los españoles, tampoco se quedaron cortos.

Es muy difícil profundizar más que José María Iribarren en la psicología de un personaje creado exclusivamente por las circunstancias y también en el ambiente que fue rodeándolo en el transcurso de su vida. Ocurre al ilustre escritor navarro lo que siempre acaba por suceder al escritor de biografías. Iribarren, compenetrado hasta un punto increíble de conocimiento con su personaje, termina por amarlo, pero este cariño no le impide en cada momento ver, como tiene que ser, las fallas del mismo y relatar entonces los acontecimientos —terribles acontecimientos— con implacable lucidez.

No creo exagerar diciendo que la gran obra de Iribarren, porque los dos tomos que dedica a Espoz y Mina hay que considerarlos en conjunto, dejando aparte que el editor los haya publicado en dos volúmenes, constituye un prodigio de erudición y prosa descriptiva, entreverada a veces de dichos populares.

Los sucesos, a través de la prosa de Iribarren, adquieren en cada momento vida insuperable. Así por ejemplo, nos parece estar asistiendo con nuestros propios ojos al desembarco de los grandes cañones ingleses de batir, en los puertos de Zumaya y Deva, y luego, a su traslado por caminos intrincados de monte, a tracción de bueyes, hasta Estella; o a la batalla de Vitoria, con la participación de los regimientos de Espoz, o a la entrevista de

éste, el vascote de Idocin, con Lord Wellington; o a la rendición de Benasque, último episodio de la guerra napoleónica en España.

Pero también asistimos a la destrucción del palacio real de Tafalla o al incendio del palacio real de Olite, reliquias de la vieja monarquía navarra, ordenados por Espoz... Con minucia que revela la larga meditación acerca de cada momento, vemos, como si todavía estuvieran vivos, a infinidad de personajes menores, tales como el excapuchino Nicolás de Uriz, tipo contradictorio como muchos de entonces y de siempre.

Todo lo que sigue es bien triste y se entretije con las complicadas y lamentables incidencias del reinado de Fernando VII y sus más dolorosas secuelas. Todo lo peor y más vergonzoso del siglo XIX. Espoz que, convertido ya en mariscal, fusila solemnemente el libro de la Constitución de Cádiz, se considera agraviado por aquel traidor e infame rey y se pasa al bando constitucionalista. Su divisa es ahora *Constitución o muerte*. Aldeano poco político, la ambición, la soberbia y el amor propio lo ciegan. El antiguo enemigo de los franceses tiene, como muchos, que buscar refugio en Francia. Vive luego —y conspira— en Inglaterra, donde el liberal exaltado pasa a convertirse en moderado. Allí entrevemos al noble Torrijos, vasco por vía materna... Todo demasiado largo de contar. Pero el libro de Iribarren contiene una enseñanza. Que en historia, tarde o temprano, todo termina por saberse. No deja de ser un consuelo.

Pero es preciso abreviar. El viejo zorro, como llama Iribarren a Espoz, está ya enfrente de Zumalacárregui, que en cuestiones de resentimiento y zorrería tampoco se quedaba corto. Pero hay también que pasar adelante con rapidez, dada la extensión de la obra. Iribarren reduce a su estricta medida el atroz episodio del incendio del pueblo de Lecároz y el fusilamiento de tres de sus vecinos: Barreneche, Meoqui y Goñi. Más exactitud y más detallismo es imposible. ¿Con cuántas personas no habrá hablado Iribarren?

Nuestros actos nos siguen de manera implacable y al cruel Espoz, capitán general de Cataluña, nadie —de tejas abajo, bien se entiende— puede absolverle de haber firmado la aprobación y orden de fusilamiento de doña María Griño, la madre del general carlista don Ramón Cabrera, salvajada que produjo enorme revuelo en Europa. “Dios guarde a V. muchos años”, termina el oficio de Espoz al general Noguera ordenando el fusilamiento. Hay muchas y refinadas maneras de blasfemar.

Hagamos honra a Iribarren cuando en honor a su imparcialidad de biógrafo, escribe acerca del hombre enterrado en el claustro de la catedral de Pamplona, siendo allí, a mi parecer, evidente contrasigno de fe. Aunque habría que saber también toda la pequeña historia del enterramiento y si el cadáver de Espoz quedó, en efecto, enterrado en sagrado. Los canónigos de la catedral de Pamplona, ¿no le hicieron a los restos de Espoz alguna jugarrera? Ahí queda la pregunta. Yo, entretanto, sigo con Iribarren. “En fin, ¡allá Espoz con su culpa, con su conciencia y con sus excusas tardías! De todas formas, sería interesante conocer qué hubiera dicho él si los franceses, en represalia de sus *actos* como guerrillero, hubieran apresado y fusilado a su madre. Y qué hubiera dicho y hecho si al día siguiente de fusilar a los tres vecinos de Lecároz, Zumalacárregui se hubiera vengado con la madre de Espoz como éste se vengó con la de Cabrera”.

BERNARDO DE ARRIZABALAGA. *Los Barroeta*. Editorial Mensajero. Bilbao, 1967.

No lo digo en sentido racista. Dios me libre de semejante pecado, pero es indudable que existen libros escritos con la sangre y que *Los Barroeta*, la novela de Bernardo de Arrizabalaga, es uno de estos libros. ¡Y con qué profundidad piensa la sangre en el interior del hombre! La sangre sabe fijar instantáneas lo mismo que la más perfecta máquina fotográfica.

*Los Barroeta* es una novela autobiográfica que desmiente a Gide. ¿No fue Gide quien lanzó la célebre *boutade*? “Con buenos sentimientos es imposible escribir un buen libro”... No estoy enteramente seguro acerca de su paternidad, pero la frasecita hizo y continúa haciendo estragos.

Un niño abstraído, ensimismado —es decir, proyectado sobre todo cuanto le rodea con ojos enormemente abiertos—, se asoma a la vida justo en los momentos en que estalla la guerra civil. Las impresiones le quedan grabadas para siempre acopladas estrechamente al paisaje que, desde el comienzo, es el elemento primordial del relato. Al lector, si es que alguna vez pasó por aquel lugar, le parece hallarse en el recodo que forma el Artibay entre Ondárroa y Marquina, allá por el plácido y evocador remanso de Ubi-la-torre.

¿A qué edad comienzan a zumbear las antenas de la humana curiosidad? Muchísimo antes de lo que la mayoría se imagina. Pero de cualquier forma que sea, al escritor, al verdadero escritor, en el fondo de sí mismo, la infancia le dicta y él se limita a escribir. Generalmente, cuando así ocurre, hay soterrada en el relato una infinita melancolía, proyectada, sin embargo, a mucha distancia. Una melancolía positiva. El niño nace ya con una incipiente capacidad de enamorarse.

Bernardo de Arrizabalaga, ¿es el mismo niño introvertido que nos deja en su novela la descripción de maravillosos paisajes vascos? ¿Es el mismo niño que contempla, lleno de estupor, el comienzo de la guerra civil, cuando están finalizando las fiestas del Carmen en Marquina? ¿Existió en verdad Mokotz, el mendigo —un mendigo con alma de caballero—, que atiende a los perseguidos, sean quienes sean los que sufren, cualquiera que sea su color, y se convierte en una especie de conciencia que clama en voz alta la verdad íntima de aquellos días terribles?

Mokotz es, por definición, un hombre libre que nada tiene que perder. ¡Qué respeto debieran inspirarnos los hombres que no tienen nada que perder!

Mokotz, el mendigo, roba en los cepillos de las iglesias para aliviar la situación de los perseguidos y luego, de las limosnas recibidas, devuelve lo robado con intereses. Se limita a abrir los ojos y a decir a todos, donde sea, verdades como puños. Es defensor de la libertad de las cosas mismas. Predica el Amor. Anda siempre solo, pero nunca está solo. Revela con claridad el sentido del presente. Resulta ya progresista por pura interiorización. La pena, una pena enteriza, viril, añade acentos a su verdad.

El gran mendigo, personaje que nada sería extraño quedara en la historia de la literatura vasca, penetra los corazones y sus palabras en la venta de Arnobate descubren la tragedia de Evaristo Barroeta, el tipo central de esta magnífica novela: “Un solo pecado no hace malo al hombre, pero puede hacerle inmensamente desgraciado”. Mokotz muere en plena guerra atra-

vesado por una bala. Es un puro símbolo. Nadie supo jamás de qué lado de los contendientes partió el tiro.

Cuando la guerra se desata importa recordar que la buena puntería puede llegar a ser una terrible cruz para toda la vida. Importa recordar que no existen soldados desconocidos. Ningún soldado desconocido dejó de tener madre. Los restos del miliciano incógnito comido por los buitres, descubierto un día de excursión por el niño Arrizabalaga en lo alto de un pinar, tenían también un nombre. Ese nombre lo sabía bien la que tejó el resto del jersey verdoso y podrido que, junto a los huesos, mostraba todavía su grueso punto de lana.

Lo importante en la vida es jugar a la pelota; no jugar a los bolos. Jugar a la pelota, es decir, escuchar noblemente las razones de los demás. Nadie en un partido de pelota echa ésta a la cara del contrario. Estorbar es falta... Pero jugar a los bolos es distinto. A veces, las exageraciones del adversario sirven muy bien de bolos que hay que derribar como sea. Pero de los defectos propios ni nos llegamos a enterar siquiera.

Personajes entrañables, personajes verdaderos, llenan la novela de Bernardo de Arrizabalaga, el jesuita escritor. La tía Vithori, esposa de Evaristo Barroeta, que anhela en vano ser madre, el fiel Cleto, que no pierde su clara lucidez a pesar del cruel y caro precio de su honrada fidelidad, Estéfana, Shanti el ciego, Pilar, la triste novia frustrada. Hasta apunta en la novela el noble anhelo de reivindicar la buena fama del clero vasco y hasta de algún personaje famoso en la guerra: el comandante Cristóbal por ejemplo.

Pero Bernardo de Arrizabalaga, hijo como todos los hombres de su pasado, alcanza la gran suerte de poder, por fin, echarse su relato a la espalda, de poder liberarse, aunque como él bien dice nada en su interior se le haya alejado. Para él, en último término, amar significó renunciar.

Itinerario el suyo apasionante de verdad. Esto es lo menos que de él puede decirse. Arrizabalaga canta la verdad de muchas cosas verdaderas. Porque, a fin de cuentas, como clama Mokotz: "sin verdad, ¿qué importa morir?" Pero morir es asunto importante. El más importante de todos. Mokotz se descubre para morir. Murió apretando la boina en la mano... ¡qué lección para los contratistas de la muerte!

J. A.

MIGUEL PELAY OROZCO. *Kapero y los dos*. Editorial Icharopena. Zarauz, 1967.

El escritor donostiarra Miguel Pelay, autor de una ya abundante bibliografía personalísima, acaba de añadir a la misma el primer tomo de su trilogía novelística titulada "Los pelotaris". Imposiciones de tipo editorial han determinado que Pelay no nos ofrezca en una sola entrega su novelario sobre los pelotaris, cosa que lamentamos, literariamente hablando, aunque cierto es también que ha sabido dividir su "saga" en tres partes perfectamente delimitadas: aprendizaje, edad de oro y decadencia de los cultivadores del deporte vasco aludido

Pelay es un novelista clásico (de un "clasicismo" que data de la segunda mitad del siglo XIX) en el que se observa de continuo la influencia barrojiana tanto en el estilo como en la manera de tratar su temática. Hay que apuntar, de todas formas, que en lo que atañe al estilo no es siempre "barrojiano", particularmente cuando se trata de análisis de estados de ánimo o

de referencias a fenómenos de tipo cultural. Vale lo dicho para cuanto se comenta al respecto en este primer tomo de "Los pelotaris", salvo en lo relativo a la glosa de la novela "Ulyses", de James Joyce, analizada desde la postura archiconocida de Baroja ante las obras de estructura novedosa y argumento antifolletinesco. Don Pío, muy amante de los valores "firmes" en literatura, desdeñaba demasiado los supuestos libros de escritores para escritores... Nosotros seguimos creyendo que "Ulysses" es una obra fundamental de las letras de nuestro siglo.

Pelay tiene maestría en las descripciones de personajes, situaciones y paisajes. A los primeros los esboza con pertinencia valiéndose de unas "manchas psicológicas" y luego se extiende en su análisis a través de las peripecias del relato. Trata a los paisajes con una finísima intuición de sus esencias más puras, hallando en su aspecto físico los condicionamientos de su irradiación sentimental. Contiene el libro una deliciosa evocación de Bayona, en la que el autor ha alcanzado quizás su máxima capacidad literaria en el recuento de secretas excelencias del misterio de una urbe dormida en su silencio otoñal con "beaux restes", que eso es la ciudad del Adour. Y como todas las otoñales... goza de primaveras súbitas, en las que sublima todo lo habido y por haber.

El autor de "Kapero y los dos", relato de una amenidad estimable, escribe con cierta segura, no exenta en ocasiones de un aírón poético. Pelay sabe hacer que se deslicen las nubes bajas con elegancia sobre los parajes agrestes o urbanos que nos describe. Es puntual en el uso de los vocablos, discreto en el manejo de los adjetivos, nada solemne en la andadura de la frase e invariablemente digno en la demostración de su sapiencia profesional, una de las más señeras entre las guipuzcoanas. Gracias a Pelay el admirador de Baroja podrá comprobar que la palabra discípulo no es epigónica...

A. V.

*I. OPE GARCIA DE SALAZAR. Las Bienandanzas e Fortunas. Códice del siglo XV. Primera impresión del texto completo, con prólogo, notas e índices por ANGEL RODRIGUEZ HERRERO. Introducción por el Excmo. Sr. Marqués de Arriluce de Ybarra. Publicación patrocinada por la Excma. Diputación de Vizcaya. Tomos I y IV. 1967.*

La Diputación de Vizcaya acaba de realizar un esfuerzo honroso en extremo. Dar a luz la primera impresión del texto completo del famoso códice del siglo XV, *Bienandanzas e fortunas*, original de Lope García de Salazar.

La célebre obra escrita por el gigantesco y desgraciado banderizo, completará en total cuatro grandes tomos de los que acaban de aparecer el primero y el cuarto. El primero comprende los seis libros primeros de las *Bienandanzas*. El cuarto los seis últimos. Quedan por aparecer los libros VII al XIX inclusive del manuscrito original que contiene en total veinticinco libros. Pronto, en cuestión de meses, aparecerán por lo tanto los libros intermedios.

Esfuerzo de benedictina paciencia, esfuerzo heroico me atrevería casi a decir, realizado a favor de largas vigiliadas durante muchos años de trabajo tesonero por don Angel Rodríguez Herrero, ejemplar funcionario del Archivo y Biblioteca de la Diputación de Vizcaya. Esfuerzo meritísimo, co-

mo otros muchos suyos anteriores, al que ahora, anteponiendo un justo y ceñido prólogo, honra el mismo Marqués de Arriuce de Ybarra, actual Presidente de aquella Diputación hermana.

Antes de ahora, el códice del temible señor de Muñatones, cerca de Somorrostro, nacido a fines del siglo XIV y, en su ancianidad, puesto preso en su propio y temeroso castillo por sus no menos temibles hijos, sobre todo el llamado Juan el Moro, desavenido con él por cuestiones de herencia, el códice de Muñatones, repito, fue objeto de la curiosidad de los estudiosos.

Recordemos al excelente trabajador y erudito Floranes, al buen don Antonio de Trueba, al inquieto Ispizua, al reposado don Juan Carlos de Guerra, al intuitivo medievalista don Carmelo de Echegaray, al concienzudo don Darío de Areitio, por dar sólo algunos pocos nombres complicados en la empresa de interpretar los textos escritos por el viejo señor del castillo de Muñatones. Ahora don Angel Rodríguez Herrero prepara laboriosamente los índices, esfuerzo que obliga a penosas compulsas, máxime cuando se trata de un texto que cita las personas y lugares de forma tan dispar, aun tratándose de la misma persona y lugar, lo que obliga a examinar nuevamente el original, para poder identificar, con el menor error posible, cada ficha dudosa.

Hace ahora quinientos años casi exactamente que el viejo señor medieval se esforzaba en escribir y poner a punto los libros a que él puso largo y significativo título: *Las Bienandanzas e Fortunas que escribió Lope García de Salazar, estando preso en su torre de Sant Martín de Muñatones*. Mal estaban las cosas para el turbulento banderizo cuyo fin fue tan misterioso, cuando con su pluma de ave se afanaba con prosa enjuta, espontánea, en pretender poner en orden la historia universal, y de paso, ajustaba las cuentas a sus colegas de bandería en tierra vascongada.

Generalmente esta clase de obras los hombres las escriben cuando se sienten acosados, en trance de meditación o de eventual arrepentimiento. Pero ¡qué bárbara sequedad la de este relato! Otras veces, con qué rapidez pasa sobre los acontecimientos.

No hace mucho tiempo, un ilustre escritor e historiador que sabe muchas cosas —tal vez demasiadas cosas—, me hacía esta amarga confidencia: —“¡Dios! ¡Tener que morirme sin ver publicados los libros que uno tiene escritos...!” Yo le hice notar que si vivía algunos años, nada le impediría publicarlos, a lo que me respondió que todavía vivían —y vivirían durante muchos años— los hijos y los parientes más cercanos de las personas cuya verdad verdadera, como testigo muy cercano, él se había decidido a descorrer.

Hace quinientos años Lope García de Salazar el señor del castillo de Muñatones, pasaba por ese trance vindicativo. Su libro resulta fundamental. Toda la Edad Media del País Vasco, la Edad Media “enorme y delicada” que cantaba Verlaine, entendiendo sin duda el primer adjetivo del extraordinario poeta francés en su acepción de brutal, de perversa, de torpe, y también, a la par, de enteriza, está en las páginas de Lope García de Salazar. Pululan en ella los hijos bastardos. Además, importa mucho tenerlos. Acrescientan la casta. La venganza, venganza sin piedad, hasta la muerte, está a la orden del día. Arteros saetazos o lanzazos derriban heridos de muerte a los caballeros. Infinidad de caballeros caen muertos del caballo que cabalgan. Las fronteras no están delimitadas. Tan pronto se lucha en terreno del señor de Alzate, en Navarra, como cerca de San Juan de Luz, como jun-

to al vado de Usúrbil, o en tierras hoy pertenecientes a la provincia de Santander, como se quemara Azcoitia o Mondragón, o en Lazcano, una noche de Navidad, se degüella a un niño de doce años en los mismos brazos de su madre... Sólo la Iglesia, a veces, ofrece asilo seguro.

Los amigos de hoy se enemistan mañana y los enemigos a muerte de ayer se juntan para atacar por sorpresa a los amigos de hace un momento. Nadie puede fiarse de nadie y menos que nadie los parientes. "Robos y maleficios en la tierra, en los caminos y en todos lugares", "muertes y homicidios", ocurren constantemente. La Edad Media, densa, llena siempre de rumores o siniestras certezas, está en las páginas del solitario preso del castillo de Muñatones. Preso por sus propios hijos, no se olvide. Sus huesos, identificados con bastante presunción como tales, fueron exhumados hará cerca de veinte años en la iglesia cercana al castillo. Todavía me acuerdo del júbilo de nuestro don Mariano Ciriquiain-Gaiztarro que creo se hallaba presente en la exhumación.

Lope García de Salazar, cuando escribe su libro, "ni siquiera tiene la esperanza de redención que pueden tener los que están cautivos en tierra de moros". Los "que yo engendré é crié é acrecenté", pueden llegar a envenenarle. Teme que le den "mal bebedizo". Está convencido de que no lo soltarán. Sólo espera en la misericordia de Dios. Es ya muy viejo y escribe por desahogarse, "por quitar pensamiento, e imaginación" Infinidad de veces el motor de la pluma es el anhelo del propio alivio. Uno escribe lo que no le cabe adentro.

J. A.

*El libro de la Virgen.* Madrid, 1963.

Ediciones JOKER, de Madrid, ha publicado recientemente una obra mariana, lujosamente presentada, con el título de *El libro de la Virgen*. Viene a ser un homenaje que la poesía hispana e ibero-americana y la pintura universal, en bella y feliz combinación, rinden a los pies de la Madre de Dios. "Este *Libro de la Virgen* (dice en su breve presentación Casimiro Morcillo, entonces arzobispo de Zaragoza), es la pura exultación de la poesía y de la pintura; ésta en su lenguaje plástico universal, y aquélla en la diversidad de las lenguas que se traen a sus páginas". Los mejores poetas vienen en él a ilustrar artísticas reproducciones de los más grandes pintores universales.

Tras la presentación de Casimiro Morcillo vienen una introducción general, de José María Pemán, y otras como introducciones particulares que versan sobre el tema de la Virgen en pintura, la Virgen y la poesía y el Misterio de María, debidas a las plumas de José Camón Aznar, José María Castro Calvo y del P. Emilio Sauras.

Sigue una justificación de la Antología, por José Hierro, y una explicación de los criterios que han presidido la selección de las obras maestras de la Pintura Mariana Universal, por Yves Sjöbergs.

Si traemos aquí a colación esta obra, es por la cabida que en ella se ha dado a la poesía vasca, dentro de la "poesía peninsular no castellana", detrás de la poesía catalana y gallega (en ésta se incluye una de Federico García Lorca), y precediendo a la portuguesa, y ocupando trece páginas del libro, desde la página 390 a la 402.

"El País Vasco, nos dicen en una nota previa los editores, nos presta

con tonos viriles y ancestrales el apogeo de su secular tradición mariana su-  
mando delicadamente una nota no por más extraña menos entrañable”.

He aquí la lista de las once poesías vascas que se recogen en el libro:

- 1) Jose ta Maria, popular;
- 2) Zazpi ezpatak, de Balbino Garita-Onandia;
- 3) Ama Birjiñari, de Eustakio Madina;
- 4) Ama Maria de Antonio Arzak Alberdi;
- 5) Andre guztien artean bedeinkatuena, de Toribio Iriondo;
- 6) Maite zaitut, de Juan Bautista Elizanburu;
- 7) Pekatarion Ama, popular;
- 8) Zazpi aizpatxo, de Salvatore Mitxelena;
- 9) Zure erukia, de Arruti, Arana y Mitxelena;
- 10) Arantzazu, de Iñazio Omaetxebarria Martitegi;
- 11) Maria txito santeari bere jayotzako egunean, de Arrese Beitia.

Cabe ciertamente poner reparos a esta selección. La *secular* devoción mariana no está en ella muy bien representada. Si exceptuamos el primer número, que, como popular verdaderamente, no es fácil de datar, todas las otras cubren un período muy reciente y restringido. Dechepare y algunos autores más del siglo siguiente, el XVII, no merecían ser excluidos de esta antología.

Disculpemos a los seleccionadores que, como confiesa Hierro en su justificación, no han pretendido darnos una antología rigurosa (en cuanto a la parte concedida a la poesía vasco lo es menos), y agradezcamos la buena voluntad que han demostrado.

L. de A.

*Anuario del Seminario de Filología Vasca* «Julio de Urquijo. I 1967. San Sebastián, 1967.

Este Anuario, órgano del Instituto lingüístico quizá más importante de nuestro país, aparece dirigido por Manuel Agud y Luis Michelena. El último es conocido hasta la saciedad, si es que hay posibilidad de saturación; el anterior ha adquirido carta de naturaleza indiscutible entre nosotros, como la obtuvo en tiempos pasados el honorable Julien Vinson a quien nuestros antepasados dieron la bienvenida.

El número I de 1967 honra a los directores de la publicación y a sus colaboradores, entre los que cuentan Julio de Urquijo con una participación póstuma, pero inédita, a propósito del conocimiento que tuvo Oihenart de los “Refranes y Sentencias en Vasceune” de 1596; el P. Cándido Izaguirre presenta un luminoso estudio sobre el habla de Alsasua, amenazado de próxima extinción; el finado Fr. A. de Lizarza especula sobre “apuntes léxicos de la traducción bajo-navarra de Alonso Rodríguez; Luis Michelena analiza las notas fonológicas sobre el salacenco; y, finalmente María Milagros Bidegain comenta, con muy correcta exposición, los textos vascos antiguos recientemente estudiados, entre los que cuenta un opúsculo mutilado, obsequio indirecto de don Juan Arbelaiz al Seminario.

Responde este volumen a las más rigurosas exigencias que reclama la moderna ciencia lingüística, como corresponde al órgano del internacionalmente conocido Seminario de Filología Vasca “Julio de Urquijo”.

A.